

SERRALLO DE LA INDIFERENCIA

A Gómez de Liaño

Los hombres y los pueblos se distinguen unos de otros no tanto por las cosas habituales a que se acostumbran, para vivir bien, como por las extraordinarias que los admiramos, para vivir mejor. Lo que extraña a las personas, lo que las sorprende en sus ideas y costumbres, la curiosidad que las mueve hacia nuevas emociones y acciones, constituye la primera pasión de la condición humana. Hablo de la admiración como sentimiento singular de esa emoción mental que produce siempre toda clase de extrañamiento. Es tan singular que, a diferencia de todos los demás sentimientos, no tiene la compensación de otra emoción opuesta. Lo opuesto a ella es la ausencia de sentimiento, la indiferencia. Hay tantas cosas dignas de admiración, por su grandeza o pequeñez, su bondad o nocividad, su utilidad o inconveniencia, su atracción o aversión, que sería más fácil ver la personalidad de un pueblo en lo que le deja indiferente que en lo que le admira. Mientras la historia no complete los relatos de los acontecimientos y costumbres con los silencios clamorosos de las indiferencias que los condicionan y explican, no conoceremos la idiosincrasia de los pueblos: «Dime lo que te deja indiferente y te diré quién eres».

Si yo escribiera la historia objetiva de la transición, como unos amigos y editores me piden, sería causa de admiración universal por baja que fuera su calidad literaria. Pues ese libro narraría, bajo estúpido general, el impío relato de la serie ininterrumpida de actos voluntarios que han jalonado la antioidisea española del espíritu público, del colapso de las pasiones cívicas, del seguro a todo riesgo contra la perturbación del ánimo colectivo, de la antiaventura política de la libertad, de la marcha antiheroica de la indiferencia moral y de la formidable conquista pasiva de la tranquilidad social. Gracias a nuestra transición sabemos más que Séneca. El sabio cordobés ignoraba que un pueblo apasionado e iluso puede conquistar su tranquilidad pública, sin renunciar a las pasiones egoístas ni a la participación política, con tan sólo dejarse ir hasta la más completa indiferencia y neutralidad de las pasiones —de verdad y justicia— causantes del desasosiego. Y lo admirable de esta antioidisea del espíritu, lo que más nos sorprende en ella, por la grandiosa visión de sus promotores, ha sido que el pueblo español llegara a descubrir, ahí, el último secreto de su liberación. Sin amor a la verdad y la justicia no nacen los sentimientos de servidumbre. Sin indignación contra la mentira y la injusticia se ha fraguado en España el sentimiento de la libertad política.

Una historia semejante, escrita al estilo de las «Cartas Persas», despertaría más hilaridad social que convulsión política. Pues así como el benevolente Montesquieu hizo reír al mundo con sus descripciones «etic» de las costumbres



parisinas de su época, se puede imaginar la clase de admiración que causarían los hechos y los valores primarios de nuestra transición, vistos por un «persa». Todo sería risible. Desde la exaltación política del perjurio hasta la justificación moral del latrocinio de partido; desde la ley del silencio sobre los crímenes del pasado de los hombres públicos a la sorda impunidad de sus fechorías presentes; desde la injusticia a un particular, cuya abeja picó de muerte al presidente del Tribunal que lo arruinó, hasta la condena de un juez probo para escarmiento de la probidad en la magistratura; desde el soberano desdén por la patria al premio electoral de los movimientos separatistas; desde el elefante blanco al señor «X». Lo único que sorprende en este Reino de la tranquilidad es que aún existen «persas». Sobre todo que hablen en una lengua rara, sin importarles que se entienda, y que no sean eunucos, para el sosiego de sultanes, en el serrallo de la indiferencia.

Antonio GARCÍA TREVJANO

LA CANALLADA

Dentro de las múltiples barbaridades que salen del entorno nacionalista, hay una que ha causado la indignación de un interlocutor de Juan Bravo, para más señas concejal del PP. Es la referencia de Iñaki Anasagasti a que gracias a la actitud del PNV (su carrera independentista desde Estella, añadiremos) varios concejales del Partido Popular han salvado la vida. Eso, me dicen y digo, es una canallada. O lo que es peor, un aviso sobre quiénes son las víctimas preferidas para ETA, los indefensos y valientes hombres y mujeres que se presentan en las listas políticas de un partido para defender unas ideas dentro de una democracia. Ellos son los estigmatizados por ETA, y

añadiremos, por el PNV, porque representan a todos aquellos ciudadanos que rechazan los proyectos de hegemonía que tienen los nacionalistas.

Anasagasti ha podido ser torpe, o simplemente ha dicho lo que otros le dicen. Que el «enemigo» está en ese grupo político, cuya seguridad depende, por cierto, de la Policía Autónoma Vasca. «La verdad —dice mi interlocutor— es triste que te exijan pedir perdón por vivir y pensar en tu propia tierra y, además, te pongan en el punto de mira de las pistolas». Y el PNV, señalando, en vez de pedir a la policía vasca que les proteja. Una canallada.

Juan BRAVO



EL TEATRO DE LA POLÍTICA

Vive el hombre de las actuales sociedades industriales en un universo artificial. No me refiero, ahora, al entorno de objetos técnicos que circundan nuestra existencia, sino al mundo mental de ilusiones y representaciones que el poder hábilmente le ha fabricado e impuesto mediante los medios de comunicación. Y digo el hombre, refiriéndome especialmente al varón, pues la mujer, mucho más atenta y atendida a las urgencias cotidianas, mantiene un mayor contacto con la realidad. Es el «hombre crisálida», envuelto en el caparazón de los mitos, a que me he referido en anteriores artículos. Pero semejante ser receptor de imágenes astutamente elaboradas tiene su contrapartida, su complemento, en el protagonista de tales imágenes: el personaje público que comparece ante él. Sea varón o mujer, resultando lamentablemente significativo que la exclusión de la mujer de la esfera pública haya llegado al extremo de que la expresión «mujer pública» posea connotaciones puramente sexuales. Actores y espectadores, como en el teatro. Pero mientras en el teatro moderno ciertas vanguardias han tratado de levantar las barreras entre unos y otros, en la política hemos seguido el camino inverso, cada vez cuenta menos la ciudadanía, el público, y más los acto-



res. Debiéndose añadir, por demás, que se tiende a reducir su número, hasta que sólo queden dos en el escenario. Es el ideal político que ha defendido muy recientemente Maragall, el bipartidismo frente a la riqueza de opiniones y programas, despectivamente calificada de «sopa de letras». ¿Se convierte entonces la política en un combate de boxeo, más educado, sin golpes físicos? ¿En un duelo, sin cruentas heridas? Es el espectáculo que complace a la mayoría de los medios de comunicación, Rosa Díaz frente a Loyola de Palacio, Aznar frente a Almunia, el candidato republicano frente al demócrata en EE.UU.

Pero yo querría ahora insistir, más que en esta caricatura, en la visión teatral —o más bien «teatral»— en la parodia del noble arte del teatro, en que se ha convertido la política. Porque la gran desdicha reside en la suplantación de la realidad por la apariencia. En el teatro griego los actores cubrían su rostro con la máscara, pero, justamente tal encubrimiento constituía un recurso para expresar una transformación en que el oficiante se convertía en el soporte que daba vida al héroe o la heroína, la personalidad que le raptaba y que interpretaba. Era la creación mágica de un mundo nuevo, cuya misteriosa vivencia nos revelaba profundas zonas de nuestro ser, y hacia el cual viajaba el pueblo congregado ante la escena, para regresar enriquecido en sabidurías al mundo real. Nadie se llamaba a engaño. El político actual se envuelve en la imagen, que sus especialistas le fabrican, y desaparece en ella, pero la lanza como auténtica realidad. No en un escenario de ficciones, sino en la arena en que el futuro se juega. No pretende representar a otro, sino presentarse a sí mismo. Y entonces lo que triunfa es el engaño, al par que la realidad, la urgente realidad de las tareas políticas, se queda en la tramoya. Como, además, las elecciones e han convertido en un mercado de votos, en el se vende, como en el actual mercado, la apariencia. Poco después de la elección de Reagan como presidente de los EE.UU. el filósofo español, largos años exiliado en EE.UU., Ferrater Mora, publicó un artículo en el que comentaba el carácter determinante que en la elección de dicho personaje había jugado el color de los fondos, elaborados por psicólogos, sobre los cuales su imagen era exhibida en la TV durante la campaña. A la luz del modo en tales fondos han encaminado la política, ciertamente, han jugado un papel bastante siniestro en la historia del mundo y de los propios EE.UU. Todo ello rima con el hecho de que vivimos en la cultura no sólo del mercado, sino del envoltorio. Compramos frutos de hermoso colorido que no saben a nada. Prendas de ropa, que extraer de su precioso envase requiere el manejo de complejas armas tecnológicas, prometedores frascos que sólo puede destapar un atleta en plena forma. No son objetos destinados al uso y disfrute, cual un alma anticuada pensaría, sino a la contemplación visual y la caricia táctil. A la exhibición en el escaparate. Quizá también somos muy anticuados, viejos dinosaurios, y querríamos una política de realidades y no de apariencias. No imágenes de políticos seductores sino ideas y convicciones para sacar adelante este mundo tan rico de posibilidades como mezquino de realizaciones y justicia.

Carlos PARÍS